

LA ULTIMA ENTREVISTA A DON GONZALO BULNES

En el mes de junio, encontrándose ya enfermo, don Gonzalo Bulnes concedió una entrevista al autor de esta entrevista, en la cual se refleja su espíritu claro y luminoso, y en la que hace oportunos recuerdos sobre nuestro pasado. No fué entonces publicada, y ahora adquiere oportunidad, con ocasión de su fallecimiento.

Hacemos cumplido honor a la deferencia que nos concede don Gonzalo Bulnes al turbar el reposo impuesto por el médico, y permitírnos una conversación de sólo cinco minutos, según nos advierte por teléfono, uno de sus familiares.

Así es como a la hora justa señalada, un ascensor nos eleva, a través de fríos bloques de concreto, por el tubo de una casa de departamentos de la calle Dieciocho, al 6.º piso del edificio.

En una de sus tantas divisiones está el hogar buscado.

La presencia de don Gonzalo, hace surgir el contraste.

Chileno de pura raza, y apellido de gran capitán, y apellido de conquistadores, valiente y franco, ilustre y democrático, con la malicia alerta, y la intención de centinela, hijo, nieto y sobrino de Presidentes de la República, su estampa de patriótico estaría mejor que en este edificio standard, copiado de New York, sin personalidad, bajo los artesonados esculpidos en el roble montañés de esas casas señoriales que lustró, como agua santa sobre la piedra, la liturgia de la colonia, y que todavía se suelen asomar, recatadas, olorosas a limoneros y naranjos, en las calles de algunas ciudades de provincia.

Don Gonzalo Bulnes, postrado por quebrantos de salud — son 85 años de lucha, y de enciclopédicos estudios — nos habla desde su lecho de enfermo.

A nuestra curiosidad, contesta su voz firme y entusiasta, brillando a veces con la llama de las memorias propias, o de las leyendas heroicas, como el fulgor de una espada, sus ojos azules sobre el rostro blanco, y tígeramente sonrosado.

Nieve iluminada por un crepuscular sol interior.

Oyéndole hablar se observa que su espíritu no ha envejecido, sino que se alza de su ropaje carnal, vigoroso y recio, tal como en sus tiempos de revolucionario y de político, pero lleno de encanto y penetración, como en sus días de Ministro, diplomático, de Embajador, y de cronista ilustre de brillantes períodos de la vida chilena.

—En sus investigaciones históricas, ¿qué documento es el que más le costó encontrar?

—Ninguno. Los necesarios para mis obras los he tenido siempre a mano. Mucho me ha servido, también, la tradición oral conservada entre las relaciones de parentesco, y amigos de mi familia.

—Y de las piezas históricas, ¿cuáles son las que le han producido satisfacción más honda?

—Existía en el rincón de una de las habitaciones de mi padre, altos de papeles olvidados, sobre los que pasaba yo a cada momento. Un buen día se me ocurrió hurgarlos, y sacudido el polvo de que estaban cubiertos, me encontré con un paquete envuelto en diarios, que tenía este título: "Documentos relativos a la campaña de 1838".

Era la copia de la correspondencia enviada por el Secretario General del Ejército en aquella campaña, don José Nicolás Prieto, y que constituyó la única fuente privada de la historia de esa expedición.

—¿Qué recuerdos personales tiene Ud. del general, don Manuel Bulnes Prieto?

—Mi padre era muy desculpado. No le preocupaba un ápice que la historia le recordara a las generaciones por venir. En absoluto. Cuánto papel llegaba a sus manos, lo rompía.

No gustaba contar hazañas, ni pormenores de los hechos en los cuales había sido principal actor.

En diversas ocasiones, amigos periodistas o investigadores, como Benjamín Vicuña Mackenna, venían a buscar en su memoria.

—Si yo he visto muy poco, les decía, y de lo que haya podido ver, ¿ni me recuerdo?

—Pero algún acto de los tantos en que Ud. demostró sus dotes de jefe, y su coraje, y su

temple, insistían...

—Esos son cuentos, señores... Siempre tuve un gran miedo. Antes de que empezara la batalla de Maipú, me temblaban las piernas. De todos los oficiales se oía el tintinear de las rodajas de las espuelas, y las mías eran las que sonaban más fuertes...

Sin embargo, nos advierte D. Gonzalo, a mi padre no le desvelaban las batallas próximas.

El día antes de verificarse la de Loncomilla, escribió a mi madre, y en la carta sólo se preocupa de detalles de la educación de su hijo Manuel.

Y a propósito de batallas, debo contarles algo que se relaciona con el combate de "El Roble".

Era ayudante de O'Higgins, el capitán, don Domingo Urrutia, ahijado suyo, y persona de toda su confianza.

Como en muchos otros encuentros, peleó al lado del prócer, en "El Roble".

Andando los años, en una oportunidad vino don Domingo a Santiago, desde sus tierras de Cauquenes del Maule, y pesando por la Alameda, con uno de mis hermanos, se encontró con la estatua de O'Higgins, y con la frase célebre allí grabada: "¡A mi muchachos! ¡O vivir con honor, o morir con gloria!"

Entonces exclamó: "¡Qué raro! Yo nunca le oí que dijera ésto mi padrino..."

Este don Domingo Urrutia, ascendido después a General de División, era lo que se llama "todo un hombre".

De hermosa prestancia, rico, valiente y enamorado.

Sabedor O'Higgins de sus correrías donjuanescas, lo llamó a la Casa Presidencial y le insinuó la conveniencia de contraer matrimonio.

Después de arduos esfuerzos de dialéctica logró quebrantar la viva resistencia de Urrutia a la vida conyugal. Mas, le difícil en la solución del problema era buscarle novia, pues el candidato a esposo no tenía vista ninguna.

Entonces, Urrutia se acordó de una niña que había conocido en el sitio de Rancagua, de apellido Flores, pero a quien no había tenido oportunidad de querer de amores en el breve espacio del combate y de quien sólo sabía el apellido...

O'Higgins mandó un sargento mayor a aquella localidad. Este logró ubicarla; se hicieron los trámites del caso con la familia de la niña y poco después el flamante capitán se casaba con doña Javiera Flores, en la mansión Presidencial, sirviendo de padrinos don Bernardo y su hermana Rosa.

Urrutia fué el oficial que pasó su propio caballo a O'Higgins

en la famosa carga de Rancagua, cuando el corcel de este cayó muerto por una bala realista y él mismo que, a pesar, de haber perdido el brazo derecho en el combate de Nacimleno, peleó en seguida en Cancha Rayada, en Maipú y otros encuentros menores.

Como usted, ve, un héroe y de los más auténticos.

Sólo la deslumbrante gloria de sus compañeros de armas y de la época, ha podido justificar el relativo olvido a que lo han reñegado nuestros anales.

Murió a los 97 años, en la ciudad de Parral, después de ocupar sus largos últimos años, en el cultivo de sus vastas propiedades agrícolas y en organizar "peleas de gallos", afición suya muy acentuada y que le recordarian, probablemente, los sangrientos combates que cimentaron la libertad política de la República.

—¿Y cuál ha sido el momento más crítico de su vida?

Se sonríe don Gonzalo y calla un instante, reconcentrado.

—¿Acaso la muerte de don Demetrio Lastarria? inquirimos...

—Efectivamente, nos contesta.

Huíamos de la persecución del Gobierno de Balmaceda, hacia la Argentina, a través de la Cordillera, con varios amigos, entre ellos Lastarria, cuando nos sorprendió una tempestad de nieve. Estuvimos refugiados en unas cuevas durante varios días.

Allí se nos murió Demetrio de un ataque al corazón, motivado por la altura.

Algunos compañeros eran de parecer sepultarlo en ese mismo sitio, pero yo me opuse. Si él había venido con nosotros, también tendría que volver. Y colocando el cadáver, rígido por la nieve, tendido sobre el lomo de una mula, emprendimos el regreso hacia Santiago con nuestra tenebrosa carga, la que se movía rítmicamente, como un bote en el mar, con el vaivén acompasado de la acémila.

En uno de esos momentos y después de sortear infinitos obstáculos, vimos unos puntos negros que caminaban en la nieve a lo lejos, hacia nosotros. No sabíamos si eran los soldados balmacedistas que nos perseguían o gente que mandaba el titulado "Gobernador de San José de Maipo", un señor Zamudio, de acuerdo con nosotros, para ayudar a nuestra salvación.

Momentos de duda cuyo desenlace nos podía costar la vida.

Felizmente, eran los enviados de Zamudio, a cargo de un guía, un señor Bruce.

—¿Cuál es el personaje histórico chileno, para usted más simpático?

—Carrera, nos contesta. A pesar de mi ascendencia penquista, debo decirle en obsequio a la verdad histórica que Concepción, la ciudad más noble de Chile, por el abolengo de sus familias, dominó con Martínez de Rozas, en Santiago, hasta la llegada de Carrera.

Carrera fué el defensor de Santiago.

La independencia de Chile la hizo sólo la capital. Las ciudades de provincia, como Concepción, no tomaron parte casi en éste hecho, pues la misma tradición realista de sus familias era un obstáculo, lo que no impidió después, de que de allí saliera el más granado elemento militar.

Las tiendas y negocios de menestras de los vascos, incubaron la revuelta. De sus tras-tiendas brotó la independencia política y parte de lo que hoy es aristocracia en Santiago...

Sin embargo, y volviendo a Carrera, se ha tratado de destruir la memoria de don José Miguel y de sus hermanos, con la más negra de las ingratitudes...

—Edwards Bello ha escrito algo en contra suya, innumeramos...

Don Gonzalo no contesta. Sólo se limita a sonreír.

—Yo pensaba escribir una obra sobre el período 1810 a 1814 y hasta llamé a una dactilógrafa, para dictarle, pero fué imposible trabajar, pues la oposición de los médicos y de mi familia, alentada por aquellos, lo impidió.

Una última pregunta: —¿Y sobre la amistad chilena-argentina, y su robustecimiento, qué nos puede decir?

—Que es indispensable, ya que además del ideal de la paz, Chile con tan escaso territorio viene a ser el país puertero de Argentina.

Ambos países deben formar un solo núcleo. Nuestro país es minero, el otro, ganadero. Se completan. Y agregue a esto: el vasto mar chileno y aquel Océano ondulante e ilimitado que es también la pampa.

Para solidificar la vieja amistad nacida en una misma cuna, se hace necesario cambiar de política económica, hasta la fecha, muy equivocada.

Es preciso construir ferrocarriles y no caminos, ya que el tránsito debe ser esencialmente de carga. Hay que anular las trabas al comercio y al intercambio de productos que actualmente existen. ¡Ojalá que no hubiera aduanas de cordillera de ninguna especie!

Ha pasado más de una hora. Los cinco minutos concedidos se han multiplicado y al final de este tiempo don Gonzalo parece que no ha sentido la conversación y tentados estamos a seguir en nuestras preguntas, pero una austera dama vigila desde lejos, con cierta ansiedad y pesarosos tenemos que estrechar

la mano de este patriota que el país guarda — y que sea por luengos años — como una moneda de oro de antiguo troquel, en la economía de sus empobrecidas arcas.

SAMUEL PANTOJA CERDA.

Santiago, junio de 1936.